

El símbolo es quien labra labores tan primorosas y desarrolla su vastísima actividad, su singularidad, su osadía, su delicadeza sobre los altares y las tumbas, en los gabletes y arcadas y pináculos, en los trepados y encajes, en el revestimiento de los tréboles, en las balaustradas de los triforios en todas las formas ojivales, aspirando, quizá, a abrumar el espíritu con la enormidad de la mole, y el deslumbramiento místico y arcético del dogma, hecho luz y piedra y hierro forjado y jaspes refulgentes.

El símbolo baña, finalmente, de unción más o menos dulce y acogedora las esculturas de la Virgen María, en sus tres periodos medioevales de *hieratismo*, *transición* y *humano*, y marca casi fielmente su mayor o menor antigüedad, según que el niño Dios va pasando de entrambas rodillas a la rodilla izquierda, y aquí se pone en pie, y después con él, la misma madre, y según que llevan en sus manos la vara de azucena, el cetro, el pajarillo, el globo, el libro de los Evangelios, o están las manos quedas o bendicen, o guardan entre sí las dos figuras aptitudes reconcentradas, o tiernamente ligadas en contemplativo amor.

Aparte del simbolismo, el Arte Cristiano muestra en sus obras plásticas medioevales una belleza plenamente espiritual, pero la forma adolece

